



**PAPELES
ACADÉMICOS
DE LA USI**

ISSN 2718-8329

AÑO I | NÚMERO 2 | JUNIO 2021

**Las nuevas masas en la política
de la Europa de la *Belle Époque***

por Virginia Miles

EQUIPO DE TRABAJO

Director

Marcos Mutuverría

Diseño Editorial

Mariana Betoño

María Sol Besada

Consejo Académico - Editorial Poliedro

Enrique Del Percio

Jerónimo Biderman Núñez

María Laura Ochoa

Pablo Bulcourf

Ana Arzoumanian

Tomás Rosner

Emilce Cuda

Enrique Martínez Larrechea

Juan Francisco Martínez Peria

El contenido de los artículos no refleja la opinión editorial de Papeles Académicos ni de la Universidad de San Isidro. Por lo tanto, los editores no son responsables de las formas de expresión y usos del lenguaje que utilizan los autores, aunque el Consejo Académico recomienda atenerse a la normativa del idioma castellano o del portugués, cuando así corresponda.

Papeles Académicos es una publicación de la Universidad de San Isidro "Dr. Plácido Marín".

Dirección: Av. Del Libertador 17.175, Béccar, San Isidro, Provincia de Buenos Aires, Argentina

Código Postal: 1642 | Teléfono: 4732-3030

Correo electrónico: papelesacademicos@usi.edu.ar

ISSN 2718- 8329



Las nuevas masas en la política de la Europa de la *Belle Époque*

Por Virginia Miles¹

virginiamiles6@gmail.com

¹ Virginia Miles es Licenciada en Comunicación Social con Diploma de Honor por la Universidad CAECE. Profesora adjunta en la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad de San Isidro (USI) desde 2011, actualmente dicta las asignaturas Historia de los Medios, Semiótica, Análisis del Discurso y Análisis Audiovisual. Además colabora con la dirección y evaluación de tesinas en la Licenciatura en Comunicación Social de la USI.

Las nuevas masas en la política de la Europa de la *Belle Époque*

Resumen

La expansión demográfica que siguió a la Primera Revolución Industrial significó que las masas urbanas se hicieron presentes como actor de peso en el escenario político europeo. En este trabajo se relevarán los enfoques de los fundadores de la sociología Max Weber y Emile Durkheim, así como del psicólogo social Gustav Le Bon con respecto a la cuestión de la incorporación de las nuevas multitudes en la *res publica* de fines del siglo XIX. Por otro lado, se glosan a dos autores actuales: Carl Schorske, quien reseña el surgimiento de líderes políticos antisistema con representación parlamentaria en la Viena del Imperio austrohúngaro, y Pierre Rosanvallon, que examina la demopedia puesta en práctica por los franceses de la Tercera República. La puesta en diálogo del pensamiento de los autores de época con los actuales sugiere que en la *Belle Époque* europea la implementación del voto universal en la novel democracia de masas introducía retos que al día de hoy se encuentran en discusión.

Palabras clave: democracia de masas, voto universal, demopedia, propaganda, sociología.

Abstract

The demographic expansion spawned by the First Industrial Revolution hallowed the urban crowds' entry onto the political stage of nineteenth century Europe. This work focuses on the thoughts of founders of sociology Max Weber and Emile Durkheim, as well as social psychologist Gustav Le Bon, regarding political enfranchisement of the masses at the end of the nineteenth century. Likewise, contemporary works by Carl Schorke, who examined the emergence of "populist" political leaders in Austro-Hungarian Empire Vienna, and Pierre Rosanvallon, who describes the "demopedia" practiced by the French Third Republic leaders, are discussed. The thoughts of both the dated and contemporary authors mentioned suggest that implementation of universal voting rights in the brand new mass democracies of Belle Époque Europe was fraught with perils that continue to be under discussion to this day.

Key words: mass democracy, universal voting rights, demopedia, propaganda, sociology.

La política es magia.

Aquel que sepa invocar las fuerzas de las profundidades será quien tenga seguidores.

Hugo von Hofmannsthal (1874-1929)²

Introducción

Si Maquiavelo hubiera vivido a fines del siglo XIX, ¿qué innovaciones habría incluido en sus consejos al joven Lorenzo, duque de Urbino y nieto de Lorenzo el Magnífico? ¿Qué artes podría haber agregado al refinado repertorio de habilidades políticas que abundaban en la Florencia de los Médicis? Durante siglos el juego de la política estuvo protagonizado en Europa por dirigentes que presidían sobre poblaciones numéricamente irrisorias en comparación con las masas del siglo XIX “largo” de Eric Hobsbawm. Cuando Maquiavelo escribió *El Príncipe* (1513) la poderosa Florencia contaba apenas con cincuenta mil habitantes. Más que la semi-abandonada Roma. París, Milán, Nápoles y Venecia integraban la corta nómina de ciudades europeas que superaban los cien mil habitantes. A fines del siglo XVIII, junto con la primera Revolución Industrial comenzaría un salto demográfico espectacular: entre 1700 y 1900 la población europea se cuadruplicó (de cien a cuatrocientos millones de habitantes, aproximadamente). Además hubo un cambio poblacional en lo cualitativo, ya que se produjo un marcado proceso de urbanización.

De esta manera, a pesar de que durante el siglo XIX América fue una válvula de escape para la presión demográfica europea (las guerras y la mal nombrada Gripe Española de 1918³ lo serían durante la primera mitad del siglo XX), las nuevas multitudes de Europa se perfilaban para ganar un protagonismo político inédito. A partir de la irrupción de las masas urbanas los gobiernos y líderes deberían recurrir a nuevas herramientas y estrategias para lograr sus fines políticos. Entre otras cosas, la política interior ganaría mayor importancia y estadistas que presidían sobre sistemas políticos muy dispares, como Gladstone y Bismark por ejemplo, gobernarían con un ojo puesto en la opinión y el favor de las multitudes de sus respectivos países. La diplomacia traducida en astucia o audacia para forjar alianzas e intercambiar favores, o el genio militar para librar guerras y mover fronteras, ya no serían suficientes para lograr y mantener el poder. A partir de la progresiva concesión de derechos políticos, la balanza comenzaría a favorecer a aquél que supiera ver en las masas un insumo y no un obstáculo.

² en Schorske, Carl (2011). *La Viena del fin de siglo*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 147.

³ La pandemia mundial de 1918 fue ocultada ante la opinión pública y bautizada “española” por las potencias beligerantes de la Gran Guerra. España, que no participó de la guerra, no censuró las noticias e información sobre la epidemia, quedando la impresión en el resto de occidente de que sólo España estaba afectada por la influenza.

Desarrollo

A partir del siglo XIX las masas fueron incluidas en el corpus político de los distintos Estados europeos de manera despareja y cada país tuvo sus particularidades: desde el viejo parlamentarismo monárquico inglés hasta la república francesa, más joven en comparación. Pero en general los distintos sistemas apuntaban, al menos en lo ideal, a la introducción de procesos electorarios en los que una cada vez mayor cantidad de electores obtenía representación parlamentaria, proceso que sucedió mayoritariamente entre 1880 y 1914. Ahora bien, la puesta en efecto del voto universal implicaba necesariamente la apertura de nuevos canales de contacto entre las masas y sus dirigentes (o los aspirantes a serlo). Para sostener la legitimidad de los regímenes y de las clases dirigentes era necesario dirigirse hacia el nuevo protagonista, tenerlo en cuenta, accionar sobre él. En palabras de Eric Hobsbawm (2009, p. 114) “La tarea era urgente porque en muchos casos los viejos mecanismos de subordinación social se estaban derrumbando.”

La integración de las masas al nuevo sistema político no fue automática. Fue preciso preparar al protagonista para su nuevo rol. El caso más emblemático es el de Francia. En el capítulo dos de su libro *La consagración del ciudadano: historia del sufragio universal en Francia* (1992), Pierre Rosanvallon pone de manifiesto el dilema al que se enfrentaron los líderes de la Tercera República francesa luego de la caída del Segundo Imperio: cómo conciliar el voto universal (que en 1848 había llevado al poder a las fuerzas antidemocráticas del bonapartismo) con la existencia asegurada de la república. La igualdad, piedra basal de la filosofía republicana, debía ser protegida del ejercicio mismo de dicho axioma ¿Cómo lograr que la praxis no devore a la teoría? Para ilustrar la inamovible convicción de los republicanos franceses con respecto al voto universal, Rosanvallon (1999, p. 317) cita a León Gambetta quien expresara en 1873: “No se comprende la república sin el sufragio universal: son dos términos ligados indivisiblemente uno al otro y entregar el sufragio universal es entregar a la república”.

Los republicanos eran por lo tanto reticentes al voto restringido, aún después del amargo trago de 1848. El voto basado en capacidades era inviable y lo que se buscaría entonces, refiere Rosanvallon, sería la capacitación del votante por medio de la sanción en 1881 y 1882 de las Leyes de educación gratuita, obligatoria y laica. Pero, ¿debían condicionar el derecho al voto a la alfabetización previa? ¿O era preciso volver obligatoria la instrucción como para que los nuevos alfabetizados vayan inundando las urnas con el pasar del tiempo? Prevalció la segunda opción, en donde no habría rompimiento con la idea de voto capacitado sino, señala Rosanvallon, voluntad de capacitar universalmente para el voto universal⁴.

⁴ A lo expresado por Rosanvallon podemos agregar una digresión que puede ayudar a colocar la cuestión del voto calificado en su justa dimensión: en la época de referencia la capacidad de leer no era percibida como indispensable para la subsistencia. Se podía ser analfabeto y al mismo tiempo un buen artesano o labriego. El analfabeto no necesariamente era un excluido. Entonces, es tal

Rosanvallon explica que el Estado francés iniciaría una serie de prácticas con vistas a modelar un ciudadano capaz de asumir sus deberes cívicos con plena conciencia. La instrucción pública se destacaría como herramienta que tendría el efecto de “hacer del sufragio universal, que es la fuerza de la mayoría, el poder iluminado por la razón” (Rosanvallon, 1999, pp. 326-327). De esta manera, los republicanos establecieron una relación interdependiente entre voto universal e instrucción universal con el objetivo de que la educación para la democracia remedie “la inmadurez del pueblo” (Rosanvallon, 1999, p. 321) y cierre la brecha existente entre mayoría y capacidad. Para esto, el Estado debía dirigirse a las masas e interpelarlas de manera organizada con un discurso demopédico que unificaría a la nación en torno a símbolos y conceptos comunes a todos.

El nuevo discurso demopédico del Estado francés se completó con la celebración de la patria: creación de efemérides, culto a la bandera, enseñanza de la historia y geografía francesas. En palabras de Rosanvallon “Esta enorme empresa demopédica no se limita a la formación de las inteligencias. Se quiere que los ciudadanos sean también buenos soldados y valientes patriotas” (Rosanvallon, 1999, p. 341). Asimismo, tal como lo expresa Hobsbawm (2009), la unificación lingüística y administrativa de toda Francia a través del uso obligatorio de la lengua francesa (no sólo en el sistema educativo sino que en las dependencias estatales y municipales también), proveyó canales aceitados que permitieron el flujo de códigos discursivos y operativos con los cuales armar una estructura conceptual que integre a las masas en un proyecto común de nación.

La demopedia puesta en práctica por los republicanos franceses no fue una empresa exclusiva del Estado francés, ya que otros países adoptarían medidas similares que serían combinadas con distintas formas de proselitismo. Asimismo, los movimientos y partidos políticos también se dirigieron a las masas con el objetivo de ganar su adhesión por medio de manifiestos, signos icónicos, prensa partidaria y demás elementos de batería propagandística. Podemos matizar el texto de Rosanvallon con las palabras de Hobsbawm: “Los estados y gobiernos competían por los símbolos de unidad y de lealtad emocional con los movimientos no oficiales que muchas veces creaban sus propios símbolos, como la ‘Internacional’ socialista” (Hobsbawm, 2009, p. 117).

En su momento, la empresa demopédica del Estado francés tuvo algunos críticos: en su obra *Psicología de las Masas (Psychologie des foules, 1895)* el francés Gustav Le Bon tilda de “dogma” a la idea de instrucción universal como generadora de igualdad. Si bien Le Bon reconoce la importancia de la educación como formadora social por ser ésta uno de “los factores lejanos y preparatorios que dotan el alma de los pueblos de

vez comprensible que el concepto de vetar el voto basado en este argumento (ser analfabeto) podía ser considerado un tanto injustificado. Es interesante reflexionar también acerca del significado de la Ley de educación universal gratuita y obligatoria: lo que hoy aparece como un derecho básico e inalienable cuya ausencia es impensable, en 1882 era un novedoso signo de desarrollo que colocaba a Francia en un podio enaltecido.

una especial receptividad” (Le Bon 2000, p. 79), critica al sistema de instrucción generalista instalado por los republicanos al estimar que éste impartía conocimientos inútiles y además preparaba el terreno para generar expectativas desmedidas en unas masas que eran así convertidas en elementos perniciosos: “La escuela forma en la actualidad descontentos y anarquistas y prepara horas de decadencia para los pueblos latinos” (Le Bon, 2000, p. 78). Le Bon no reprueba el concepto de educación universal obligatoria, ni tampoco denuncia la imposición de un discurso o ideología por medio de la instrucción. Considera que el método y los contenidos de la educación pública impuestos por los republicanos, además de no generar igualdad, causan efectos contraproducentes en las masas que se intenta instruir.

En la introducción a su libro, Le Bon presenta *su* visión para abordar la cuestión de las masas: “Las masas son, en cierto modo, como la esfinge de la antigua fábula: hay que saber resolver los problemas que su psicología nos plantea, o resignarse a ser devorado por ellas”. Físico aficionado que poseía algunos estudios de medicina, Le Bon viajó durante años por Asia y África y publicó profusamente sobre una variedad de tópicos. Obtuvo su éxito editorial más resonante con *Psicología de las masas*, texto fundacional de la psicología social que documenta un clima de época en el que la inclusión de las masas en el esquema político era aún reciente. Al tiempo de la publicación del libro de Le Bon, la Tercera República venía de sufrir algunos episodios que habían amenazado su estabilidad, como la Comuna de París (1871) o el boulangismo (en las elecciones de 1889). Dichos eventos revelaron el papel preponderante del que eran capaces las masas, ya sea por la vía del levantamiento o de las urnas. Éste fue el contexto inicial de la amplia repercusión del libro, que hasta motivó una refutación por parte de Sigmund Freud en 1922⁵, e incluso se cree que influyó tempranamente a Adolf Hitler⁶. Según consigna el psicólogo social F. Jiménez Murillo en el prólogo a la versión española (escrito en 1983), además de los idiomas inglés⁷ y alemán, *Psicología de las masas* se tradujo al árabe, ruso, turco y japonés, lo que indica que la obra ha reverberado más allá de la cultura política occidental.

Le Bon define a una masa como el producto de una circunstancia equis, no como una serie de agregados pertenecientes a una misma categoría (como por ejemplo, clase social). Se trata de seres reunidos en torno a una coyuntura. De esta manera, para Le Bon una asamblea legislativa también puede ser “masa”. La masa es

⁵ Ver: Freud, S. (2010). *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, Chapter II (*Le Bon's Description of the Group Mind*). New York: Bartleby.

⁶ Según Ian Kershaw, Hitler leyó al comentarista y admirador de Le Bon, Dr. J.R. Rossbach. Éste último citó profusamente a Le Bon en una ponencia que fuera realizada y publicada en 1918, un año antes de que Hitler se uniera al Partido de los Trabajadores alemán (*Deutsche Arbeiterpartei*, DAP). Kershaw especula que Hitler leyó dicha publicación debido a la similitud entre sus textos referidos a las masas y el texto de Rossbach que cita a Le Bon. Ref: Kershaw, Ian (1999): *Hitler, 1889-1936, Hubris*, New York, W.W. Norton & Company, p. 652.

⁷ En inglés la obra se titula *The Crowd: A Study of the Popular Mind*. La palabra *Crowd*, que en castellano significa “multitud”, era un término más común en la época de Le Bon que “masas”.

siempre irracional, sugestionable y femenina (tal como lo definiría Hitler más adelante en su *Mein Kampf*). Acorde con su visión de que cualquiera puede formar parte de una “masa” (y así perder su raciocinio), Le Bon no cree que el voto capacitado sea eficiente para componer un gobierno idóneo: “No creo que ninguna de las votaciones tan reprochadas al sufragio universal, como la que restauró al Imperio, por ejemplo, hubiera sido distinta con votantes reclutados exclusivamente entre sabios y letrados” (Le Bon 2000, p. 134). El sufragio, universal o no, es por ende irrelevante para lograr erigir un gobierno competente. Para reforzar su crítica al sistema electoral democrático Le Bon trae a colación los resquemores de Tocqueville en relación a la “tiranía de la mayoría”, para la cual siempre “la verdad se encuentra del lado del mayor número” (Le Bon, 2000, p. 134).

Tanto la psicología como la psicología social se valen de la palabra y el discurso. Sobre estas herramientas Le Bon recomienda la aplicación de una serie de técnicas con el objeto de obtener determinados efectos sobre la voluntad de audiencias masivas. Las más conocidas, y que han sido replicadas en manuales de técnicas de propaganda⁸: la afirmación, la repetición y el contagio. De esta manera se compensarían los efectos negativos de la actuación de las masas en la política. En cierta manera, lo que Le Bon propone no es muy diferente a lo que ya estaban haciendo los gobiernos y partidos políticos de la época: a medida que se ampliaba la franquicia del voto se comenzaba a operar persuasivamente sobre las masas mediante la instrucción pública, la propaganda de masas y toda otra forma de difusión ideológica. Incluso algunas de las prácticas que Le Bon critica a la educación pública francesa son las que él mismo recomienda para influir sobre las masas, como la repetición, por ejemplo.

Las transformaciones sociales del siglo XIX estimularon la aparición de nuevas disciplinas vinculadas al estudio del hombre y su entorno social, como la psicología social de Le Bon o Gabriel Tarde, disciplina enfocada en cuestiones conductuales de las masas. También fue el momento de la aparición de la sociología, que toma en cuenta además el contexto histórico, los procesos sociales y relaciones estructurales entre Estado y sociedad. El concepto de Estado tal como lo entendemos hoy, con sus obligaciones y prerrogativas, se encontraba aún en desarrollo en el siglo XIX y Emile Durkheim, uno de los fundadores de la sociología, lo abordó en sus escritos. Se trataba de un nuevo Estado, mucho más extendido, cuyos tentáculos llegaban a confines que antes sólo respondían a dinámicas locales o a la injerencia de la Iglesia. La incorporación de comunidades previamente aisladas a una red más amplia (el Estado-nación) contribuía a la formación de una nueva sociedad, masiva y compleja. Las masas devinieron “masas” no sólo por una cuestión numérica, sino también por el incremento en la interrelación dentro de dichas masas ahora unidas por el cemento homogeneizador de lengua, leyes, educación, moneda, medios de comunicación y de transporte.

⁸ Ver, por ejemplo: Domenach, Jean Marie (1968). *La propaganda política*. Buenos Aires: Eudeba.

En sus *Lecciones de Sociología* (publicadas por primera vez en 1912) Emile Durkheim no hace de las masas su tema explícito, pero éstas se encuentran tácitamente presentes en los temas tratados en su texto. El autor alude al principio problematizador de las masas, la cuestión del número, cuando señala: “las sociedades se hacen cada vez más considerables y complejas, están compuestas en círculos más y más diversos, de órganos múltiples, poseedores ya, por sí mismos, de un valor considerable” (Durkheim, 2003, p. 65-66). El texto, escrito cuando la Tercera República francesa tenía ya cuarenta años de sólida existencia, está sin embargo recorrido por la sensación de movimiento, de cambio constante: “Los derechos individuales están en evolución: progresan sin cesar, [...] lejos de ser una anomalía pasajera, los progresos están destinados a proseguir indefinidamente en el porvenir.” (Durkheim, 2003, p. 68). Asimismo, señala la nueva situación empoderada de los individuos que integran las masas, donde no existe ya la “subordinación de otras épocas” puesto que “...cuanto más se avanza en la historia, más se observa el cambio de las cosas. Perdida al principio en el seno de la masa social, la personalidad individual se desprende de ella” (Durkheim, 2003, p. 57). A continuación, sostiene que ya “no se puede hacer de él [el individuo] el fin supremo y [al mismo tiempo] reducirlo a un papel de medio” (Durkheim, 2003, p. 57). Con estas palabras explica que cada vez más la persona y su dignidad son el fin último de la vida en la “sociedad política”, en la que no es posible someter a los individuos al arbitrio coactivo del poder. La razón de esto, señala el autor, es la existencia del sistema de contrapesos que ofrecen los grupos secundarios (cercaos al individuo⁹) con respecto al poder del Estado (central), y viceversa, la protección que ofrece el poder central (el Estado) al ciudadano inerme ante el poder local (la “asociación secundaria” o corporación). Durkheim discrepa con Rousseau y no cree que las personas nacen con derechos naturales, sino que esos derechos son “dados” por el Estado en un contexto de relación equilibrada con las “asociaciones secundarias”. De esta manera, Durkheim presenta su definición de sociedad política: una unidad poli-segmentada y tripartita compuesta, desde lo central hacia lo periférico, por el Estado, las corporaciones y el ciudadano.

Durkheim pareciera tener reparos con respecto al voto universal, al que considera una suerte de ortopedia transitoria donde la “universalidad” es una ilusión y la democracia también:

“Si, pues, se consideran los datos numéricos, es necesario decir que no ha habido nunca democracia. A lo más, podría decirse, para diferenciarla de la aristocracia, que bajo un régimen aristocrático la minoría que gobierna está fijada de una vez y para siempre, mientras que en una democracia, la minoría que triunfa electoralmente puede ser derrotada mañana y reemplazada por otra.” (Durkheim, 2003, p. 77)

⁹ No necesariamente cercanas en lo geográfico (como las agrupaciones locales o municipales), sino en el sentido de que establecen contacto con el individuo. Ejemplo: las asociaciones profesionales, que son redes territorialmente dispersas, pero reúnen personas con intereses o actividades afines. Son secundarias porque son un grupo que reúne a una *porción* de la sociedad. El Estado, en cambio, preside sobre la sociedad *toda*.

Acorde con su descripción acerca de qué es una sociedad política, Durkheim propone entonces la existencia de un colegio electoral surgido de las “profesiones”. Dicho ente intermediaría de manera eficaz entre los individuos y el Estado, en una sociedad caracterizada por el cambio constante.

La propuesta de Durkheim se contextualiza en una época de grandes migraciones en la que todos los años cientos de miles de europeos se mudaban de región, de país o incluso de continente. Sin embargo, si bien en esa circunstancia es comprensible la idea de agrupar electores por profesiones o intereses (en lugar de hacerlo por municipio o localidad), no debe perderse de vista el hecho de que movimientos migratorios de semejante envergadura son por lo general coyunturales y no un estado permanente de las sociedades. No queda claro en el texto de Durkheim qué papel político tendrían los “sin profesión” (desempleados, empleados ocasionales, jornaleros, etc.). El rol de los sindicatos, también ausentes en su texto, abre otro interrogante.

Hacia el final de la “Lección IX”, el texto de Durkheim deja bastante clara su desconfianza respecto a la eficacia del parlamentarismo surgido del voto universal (concepto al cual alude elípticamente como “derechos y privilegios”): “Dicho de otra manera, el primer deber es preparar lo que nos dispensará cada vez más de un papel para el cual no está hecho el individuo” (Durkheim 2003, p. 105, el subrayado es nuestro).

En 1917 el otro padre fundador de la sociología, Max Weber, escribió una serie de artículos para un periódico alemán en los que se manifiesta a favor de la parlamentarización. En 1918 se volvieron a publicar reunidos, revisados y ampliados, en un volumen en cuyo prólogo Weber señala que “la guerra ha entrado en una fase en que vuelve a tomar la palabra la diplomacia” (Weber, 1991, p. 108), lo que indica que la introducción del libro es de 1918, con el final de la guerra ya a la vista. Los soldados alemanes comenzaban a regresar derrotados del frente y la situación económica alemana era apremiante. El tono vehemente de Weber, a veces rozando la diatriba, refleja no sólo el contexto sombrío en que escribió el trabajo, sino también la urgencia por resolver la situación de un país que había entrado abruptamente en la modernidad sin salirse del todo de modos atávicos de conducción política (por ejemplo, en el este prusiano donde se concentraba la antidemocrática casta de *Jünkers* terratenientes-militares). Weber argumenta que en realidad el parlamentarismo no va contra la esencia alemana y que es preciso dar el voto a los soldados que estuvieron comprometidos en la defensa de su país. Se remonta a la era de Bismarck para buscar los problemas del presente y, si bien no le quita méritos al gran estadista, de todos modos critica el hecho de que

“la nación, desde el año 1875 bajo su gobierno, se viera privada de tomar parte activa en la determinación de su destino político por medio de sus representantes elegidos, que es la única forma como se puede educar el juicio crítico” (Weber, 1991, p. 124).

Para Weber, el legado de Bismarck fue una nación sin educación política, con un parlamento anémico y de bajo nivel intelectual.

A diferencia de Durkheim, Weber no cree conveniente la formación de colegios electorales basados en profesiones (o sea, corporativos). ¿Cuáles son sus argumentos? En primer lugar refiere que además de las organizaciones de profesionales habría que considerar otras agrupaciones de intereses, como por ejemplo la Cámara de Comercio. Señala también que los partidos políticos no desaparecerían, sino que se adaptarían. Con lo cual en realidad no sería un colegio electoral basado sólo en profesiones. En segundo lugar, las agrupaciones de profesionales dejarían de lado sus temas específicos y en el parlamento se dedicarían a la lucha por el poder. Tampoco se podrían evitar las manipulaciones de siempre (compra de votos, extorsiones, etc.). Por último, el parlamento sería puras transacciones de intereses sectoriales, perdiéndose el provecho más general para la sociedad.

Weber también considera que el viejo sistema de notables (que Durkheim hubiera tal vez ubicado como parte de las “asociaciones secundarias” que contrapesan el poder central del Estado) se encuentra perimido. En sus palabras

“El poder de los notables en los partidos es insostenible en todas partes, fuera de las regiones agrarias apartadas con latifundios patriarcales, porque la propaganda de masas moderna hace de la racionalización del funcionamiento del partido la base de sus éxitos electorales” (Weber 1991, p. 219).

A diferencia de Durkheim, Weber no sólo se interesa por la mecánica del funcionamiento político, sino que también toma nota de una nueva manera de hacer política caracterizada por la lucha sin cuartel en el plano discursivo por medio de la prensa y los aparatos de propaganda de partidos y gobiernos por igual “... se crean escuelas de oratoria y otros institutos para el adiestramiento de propagandistas, redactores y empleados...” (Weber, 1991, p. 220). Además de la mecánica, el *modo* de esa mecánica.

Weber señala que la lucha política y los medios que la expresan no están relacionados con la parlamentarización ni con la mayor o menor universalidad del sufragio, sino que “son consecuencia de las elecciones *masivas*” (Weber, 1991, p. 125, en bastardilla en el original). De esta manera, establece una relación causal directa entre la existencia de las masas y los nuevos modos de hacer política donde “no se podrá cambiar el carácter de la lucha como tal, en tanto haya cuerpos electorales que deciden sobre intereses materiales” (Weber, 1991, p. 225, el subrayado es nuestro).

Al año siguiente de la publicación de la compilación de sus artículos (1919), Weber puso en práctica su defensa de la parlamentarización al tomar parte activa en la implementación de la república de Weimar, un

período turbulento en el que el sistema político republicano alemán no lograría conjurar el malestar de las masas que persistía desde fines del siglo anterior y que se vio acrecentado por las consecuencias tanto de la guerra como de la transición mundial hacia una economía industrial globalizada.

La nueva cultura política de masas de la Europa de fines del siglo XIX tuvo un tinte particular y tal vez premonitorio en Austria. Sobre todo en Viena, la tercera ciudad más populosa. Ésta fue escenario de movimientos de masas caracterizados por lo que Carl Schorske (2011) denomina en su libro *La Viena de fin de siglo: política y cultura* como “la política en un nuevo registro”. Schorske abre el capítulo III de su libro con una cita de época perteneciente al escritor austriaco Robert Musil (1880-1940) referida a la Austria de entonces:

“El tiempo corría más rápido que un camello de caballería [...] sin embargo nadie sabía adónde iba. Ni se distinguía entre lo que estaba arriba y lo que estaba abajo, entre lo que iba hacia delante y lo que iba hacia atrás.”¹⁰ (Schorske, 2011 p. 131).

Tal como lo expresara Durkheim en sus *Lecciones de sociología*, se vivía bajo la constante impresión de que estaban sucediendo transformaciones profundas. Pero esos cambios no necesariamente eran un progreso desde lo atrasado hacia lo moderno. O desde la oscuridad de lo irracional hacia la luz de la razón. Surgían nuevos movimientos de masas que eran “collages ideológicos armados con fragmentos de la modernidad, anticipos del futuro y retazos de un pasado semienterrado” (Schorske 2011, p. 131).

El texto de Schorske muestra cómo tres políticos austriacos de origen liberal (Georg Schönerer, Karl Lueger y Theodor Herzl) viraron hacia discursos virulentos y sectarios que apelaban a las emociones de las masas y a la polarización de sus sentimientos en torno a determinadas consignas dadas. Dos de los líderes estudiados por Schorske (Schönerer y Lueger) inspirarían a Hitler y ambos recurrieron, al igual que Hitler más adelante, a la provocación en el Reichsrat y al desorden en la calle como herramientas políticas. Se trataba de una manera de entender a la política “más abrasiva, más creativa y más satisfactoria para la vida emocional que el estilo deliberativo de los liberales” (Schorske, 2011, p. 134). Este fenómeno se desarrolló a medida que los liberales en el gobierno ampliaban la franquicia del voto. Dicha apertura resultó ser una caja de Pandora: “Lejos de unir las masas en contra de la antigua clase dominante que estaba arriba, los liberales convocaron, sin darse cuenta, a las fuerzas de la desintegración general que habitaban en las profundidades de la sociedad.” (Schorske, 2011, p. 133).

¹⁰ Schorske, Carl E. (2011): “La política en un nuevo registro: un trío austriaco”, en *La Viena de fin de siglo*, Buenos Aires: Siglo XXI, p. 131.

El texto de Schorske lleva a concluir que la entrada de las masas en la escena política habilitaría un cambio en el modo de hacer política y de conducir los asuntos públicos en general, debido a los cambios que impondrían en la agenda discursiva. El ascenso de la estrella de Lueger, por ejemplo, coincidió con la ampliación del voto. En otras palabras, a medida que el hombre pequeño accedía al voto (Schorske refiere que en 1884 el voto, que ya incluía a los hombres de 10 *gulden*, se amplió a los hombres de 5 *gulden*) se hacía evidente que el discurso orientado hacia cierta dirección daba réditos: “El dirigente aprovechaba cuestiones concretas en las que el resentimiento social podía exagerarse, para reforzar los reclamos democráticos con la envidia económica” (Schorske, 2011, p. 151, el subrayado es nuestro).

Una de las características de estos nuevos líderes de masas era la búsqueda de, en palabras de Schorske, un “polo negativo”. La unificación del discurso en torno a un enemigo único hermanaría a las masas entre sí, movilizándolas en pos de la lealtad política buscada. Schorske señala que la conspicua comunidad judía¹¹, la única que no podía reclamar para sí un espacio territorial en el cual agruparse por separado del resto, se encontraba presente en todo el imperio. La política de Schönerer (y más adelante Lueger) se concentraría en fogonear el antisemitismo. Esto nos lleva a reflexionar que posiblemente el paisaje multiétnico del imperio austrohúngaro ameritaba la búsqueda de un antagonista que fuera un vaso comunicante y unificador dentro del mosaico de nacionalidades que lo componían: los judíos. Tal vez esto explique en parte la reavivación del antisemitismo de la época (ya de por sí siempre latente). En cuanto a los “polos positivos” impulsados por estos líderes, Schorske explica que en el caso de Schönerer fue el pangermanismo y en el de Lueger el catolicismo. Ambos apelaban a sus públicos por medio de banderas pre-modernas, antiliberales y anti-cosmopolitas. Podríamos complementar lo explicado por Schorske añadiendo que la propagación de las ideas de Schönerer y Lueger se facilitó gracias al nuevo acceso de las masas a la alfabetización y el contacto intenso entre sí en la gran ciudad. Los cafés vieneses, las inmensas cervecerías y la flamante prensa popular facilitaron la propagación de sus mensajes. De esta manera, lo pre-moderno se montó sobre las herramientas que ofrecía la modernidad, pero para avasallar las ideas de la modernidad.

Con respecto al tercer líder estudiado por Schorske, Theodor Herzl, si bien sus intenciones eran opuestas a las de Schönerer y Lueger (fue propulsor del movimiento sionista), utilizó las mismas técnicas que sus dos predecesores: la apelación a las emociones, fantasías y pulsiones de sus seguidores. Atento a este estilo, Herzl prefirió la mística de un movimiento a la racionalidad programática de un partido, ya que “en la concepción de Herzl, el factor decisivo de un movimiento político no era el contenido de los objetivos sino la

¹¹ Con respecto a la comunidad judía, ésta se destacaba de manera exitosa en varios aspectos. Por ejemplo, cuando los nazis llegaron al poder en 1933, entre el 0,5 y 1% de la población alemana era judía. Sin embargo, el 22% de los premios Nobel alemanes estaban en manos de alemanes judíos (dato extraído de Wasserstein, Bernard (2010): *Barbarie y Civilización: una historia de la Europa en nuestro tiempo*, Barcelona, Ariel).

forma de la acción” (Schorske, 2011, p. 176, el subrayado es nuestro). Las observaciones de Schorske con respecto a Herlz iluminan un brote temprano de la estética que colorearía a la política de masas del siglo XX venidero, en donde los argumentos racionales característicos de la era liberal cedieron lugar a la inflamación de las emociones.

Conclusión

En los autores de época tratados en este trabajo, Durkheim y Weber, hemos visto que se tendía a concebir a las multitudes como una gran masa indiferenciada. Pero el trabajo de Schorske, a más de cien años de los hechos, contiene un análisis social preciso sobre quiénes fueron los grupos permeables al nuevo tono de la política en Austria: artesanos, campesinos, estudiantes y, en el caso de Herlz, los judíos del gueto (no los secularizados de los sectores medios y altos que se habían integrado al liberalismo cosmopolita). Eran los perjudicados por la revolución industrial. Con respecto a los dos primeros grupos podríamos agregar: no habían sido separados de lo producido con sus manos, como los obreros. Sino que directamente habían sido separados del *sistema* de producción en sí. Lo que explica tal vez por qué campesinos y artesanos no respondían a los mismos cantos de sirena que los obreros: mientras que los obreros respondían a una utopía que contenía una brillante promesa de futuro engarzada en un presente moderno, los artesanos y campesinos añoraban un pasado de bucólica seguridad que los aleje de un presente de decadencia. Unos aguardaban con fe el ingreso al reino de la igualdad. Los otros lloraban con amargura la expulsión del paraíso. Pero si bien sus intereses eran distintos, todos serían permeables a un mismo modo de persuasión, basado en la pulsión de fantasías y emociones. En palabras de Hobsbawm “este fue el momento en que los gobiernos, los intelectuales y los hombres de negocios descubrieron el significado político de la irracionalidad.” (Hobsbawm, 2009, p. 115).

A partir de su inevitable inclusión por medio del voto universal, las masas pasaron a ser un foco de atención e incluso, como lo demuestra el texto de Le Bon, fuente de ansiedad. Éste considera que las masas son irracionales y manipulables. El único remedio es, entonces, que la dirigencia sepa manejarlas. Durkheim tampoco cree capaz a lo que él denomina “la masa de individuos” de resolver su destino por vía del voto universal, por lo que recomienda una ingeniería que contrapesa dicha incapacidad. Sólo Weber confía en el parlamentarismo republicano, en su opinión el único sistema que posibilita un arduo aprendizaje del ejercicio democrático. Mientras que los republicanos de Rosanvallon decidieron educar “al amo inculto” para el voto universal, Weber considera que se hace camino al andar. En cierta manera Weber coincide con Le Bon al reconocer la importancia del discurso en la política. La propaganda de masas es el factor que cambió la

política, sostiene Weber, y no la parlamentarización o el voto universal. En otras palabras, según Weber la existencia de las masas causa la necesidad de los nuevos modos de la política (o “tonos”, diría Schorske).

Los gobiernos, partidos políticos y movimientos de la Europa de fines del siglo XIX buscaron establecer una relación política organizada con las nuevas masas. Sin embargo, las estrategias de integración y construcción de nacionalidad impulsadas desde el Estado implicaban un papel pasivo en los receptores de las mismas y no preveían instancias de participación activa, excepto el acto de votar o presenciar celebraciones (hasta que vino la guerra). Los republicanos franceses y los liberales austríacos tal vez no tuvieron en cuenta el factor dinamizador de las emociones y la fantasía como motor para la acción. De ahí la importancia de la psicología social, la sociología y la utilización de las herramientas pertinentes a estas disciplinas para movilizar a las masas: el discurso en todas sus formas con su potencial para la persuasión, para el contagio de ideas y, eventualmente, para la manipulación. No en vano el libro de Le Bon, a quien Serge Moscovici apodó “el Maquiavelo de las sociedades de masas”¹², fue tan leído y traducido. En la Austria de la *Belle Époque*, con sus multitudes heterogéneas, alienadas por la revolución industrial y a la vez encalladas dentro de fronteras políticas que no siempre coincidían con las etnolingüísticas, se constituiría un particular estilo de discurso político. La otrora redituable oratoria brillante y erudita del recinto parlamentario, orientada a una reducida élite, cedería lugar al fárrago de barricada para ser propalado a las masas. Durante el siglo XX este nuevo modo dejaría ya de estar relegado a líderes antisistema y, de la mano de nuevas tecnologías de propagación de la opinión pública, sería una de las herramientas que posibilitarían a los líderes de algunos Estados cautivar, en todas las acepciones de dicho término, a las masas tan temidas hacía apenas unas décadas atrás.

Referencias bibliográficas:

Domenach, Jean Marie (1968). *La propaganda política*. Buenos Aires: Eudeba.

Durkheim, Émile (2003). *Lecciones de sociología*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Freud, Sigmund (2010). *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, Chapter II (*Le Bon's Description of the Group Mind*). New York: Bartleby.

Kershaw, Ian (1999). *Hitler, 1889-1936, Hubris*. New York: W.W. Norton & Company.

Hobsbawm, Eric (2009). *La era del Imperio*. Barcelona: Labor.

Le Bon, Gustav (2000). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata.

¹² Ver Moscovici, Serge (1985): *La era de las multitudes: un tratado histórico de psicología de las masas*, Buenos Aires, FCE.

Moscovici, Serge (1985). *La era de las multitudes: un tratado histórico de psicología de las masas*. Buenos Aires: FCE.

Rosanvallon, Pierre (1999). “La educación de la democracia”, en *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia*. México: Instituto Mora, tercera parte, cap. 2, pp. 312-360.

Schorske, Carl E. (2011). “La política en un nuevo registro: un trío austríaco”, en *La Viena de fin de siglo*. Buenos Aires: Siglo XXI, cap. 3, pp. 131-184.

Wasserstein, Bernard (2010). *Barbarie y Civilización: una historia de la Europa en nuestro tiempo*. Barcelona: Ariel.

Weber, Max (1991). “Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada” (1918), en *Escritos políticos*. Madrid: Alianza.